

CAPÍTULO UNO

RUMBO A BARQUISIMETO

Como tantos de mi generación, soy hijo de inmigrante español y madre con raíces venezolanas. Tuve una infancia, puede ser, bastante rica y variada, especialmente siendo hijo de un vasco y una enfermera venezolana. Encontré miles de formas de entretenerme, aprovechando probablemente el experimentar una mezcla de culturas, de filosofías de vida, de historias de pueblos distintos; seguramente esto ha hecho que sea el hombre que soy hoy en día.

San Bernardino, un barrio que combina áreas residenciales y comerciales, cuna de pintores, lugar de la Quinta Anauco, paseos por la Avenida Altamira; soy un afortunado de haber podido disfrutar de los juegos al aire libre en parques cerca de mi casa, y sobre todo jugar con los niños de mi vecindad, donde el día a día venezolano corría por nuestras venas.

La influencia de mi padre llenó nuestra familia de tradiciones y costumbres del País Vasco. Mis amigos de infancia se sorprendían cuando en casa se preparaba el bacalao a la vizcaína en un país donde el pollito frito y la carne mechada eran los reyes de la cocina. En casa se escuchaba tanta música como horas tiene el día, por decir algo, éramos una familia musical en un barrio musical y en un país musical.

Mi padre, como agregado cultural del consulado, nos inculcó el amor por la historia, la cultura y el conocimiento del arte. También trató de enseñarnos en casa el euskera, pero esta tarea fue en vano y más con mi dislexia aún no diagnosticada, mientras que mi madre, como enfermera pediátrica, no dejaba el trabajo en casa. Traía las manías del hospital y, además del control de peso y de que no nos comiéramos las uñas, no tocáramos la tierra... En fin, se esforzaba por educarnos. Recuerdo cómo nos leía todas las

noches y nos dio a conocer cosas tan sencillas como valores de cuidado hacia los demás y empatía.

Es gracioso recordar cómo entre ambos había una batalla de amor por celebrar costumbres vascas, murcianas y venezolanas. Nosotros, los más peques de casa, disfrutábamos de estos combates de tradiciones.

¡Sí, fui un niño feliz! Con una mezcla vibrante de tradiciones, juegos, aprendizaje y amor familiar, crecí en la época dorada de mi país, que marcó de por vida a una generación de venezolanos.

A los 6 años de edad, todo cambió. Tuvimos que dejar nuestra Caracas, nuestro barrio, porque los bronquios de mi madre pedían un cambio de humedad y temperatura. Cambio que significó una gran tragedia romana que solo duró dos días. Mis padres nos contaron de la mudanza un jueves o viernes para que pataleáramos y llorásemos todo el fin de semana, pero el día domingo estábamos descubriendo nuestro nuevo hogar: un piso enorme en un edificio de gran reconocimiento en la ciudad por su arquitectura, el edificio Libertador.

Tercer piso, letra D. Desde la ventana de mi cuarto podía ver la enorme y ancha carrera 19, llena de gigantes y viejos árboles. Y algo me dejó boquiabierto: un parque con césped muy verde donde había un tobogán gigante. Prometí visitarlo al día siguiente. En la noche, esa misma ventana era una puerta a la aventura. Me gustaba dejarla abierta para escuchar sonidos increíbles que en Caracas no había escuchado. Grillos y pájaros se zambullían en mi cama, acurrucando mis sueños.

Barquisimeto, nuestro nuevo hogar. Una ciudad para comenzar una nueva vida a seis horas en coche de nuestra querida Caracas. No niego que me sentí al principio triste y desubicado. La pregunta que rondaba: “¿Por qué tenemos que irnos?” ¿Y mis amigos del parque? ¿Y la Candelaria con sus calles y domingos de churros con chocolate? ¿Y mi madrina Elisa? ¿Los volveré a ver?

Así que, con un poco de nervios, desempaqué mis juguetes y libros. De fondo escuchaba cómo mi padre abría su tocadiscos, empezó a sonar una canción de Gardel. Me asomé al salón y lo vi sentado enfrente del mueble de madera que tenía el tocadiscos marca Pioneer, y en su mano un vaso de cristal con whisky y dos hielos. Recuerdo aún el sonido de los hielos tocando el vaso, me genera ternura recordar esa imagen de Don Alberto, un español venezolanizado, sentado con los ojos cerrados disfrutando de aquella canción.

El lunes en la mañana, ir al colegio significó una nueva experiencia. Hacer el recorrido en autobús fue, al menos, algo curioso. Sentí que los demás notaban mi timidez y mis mejillas rojas, pero a la vez sentía plenitud, y no era de felicidad. Crecí en la época de la teoría de las tres R: niños Rollizos, Rubicundos y Risueños; aparte del beso de mi madre, también recibía un vaso muy grande de leche con Toddy, rutina que no me extrañaba en absoluto. Todos los pasajeros del bus escolar de las 7 de la mañana estábamos igual: rubicundos y aún dormidos.

Con el paso de los días, comencé a descubrir todo lo que Barquisimeto tenía para ofrecer. Un colegio nuevo de jesuitas y alguna monja que daba clases de historia o religión y que en el patio le gustaba jugar fútbol con los más grandes. La observaba cuando salía al recreo, tendría unos 30 y pocos años, acento español, de ceja poblada, uniforme blanco y, en la cabeza, solo se veía un pequeño flequillo de lado.

—¡Hermana Herminia, Hermana Martínez! —gritó un niño en medio del patio—. ¡Es penalti! ¡Es penalti!

Comprendí inmediatamente que no era lo mío jugar aquello tan difícil de tirar la pelota de un lado para otro, así que busqué lo que mejor se me daba: observar. Extrañaba mi terruño caraqueño, pero sentía que, por alguna razón, este nuevo lugar sería mi verdadero hogar.

La salud de Agustina cada día mejoraba, ya no sentía su tos seca en la noche. A medida que transcurrían los días, disfru-

taba más de Barquisimeto. Sus hermosos atardeceres crepusculares, los colores del cielo eran tan brillantes que me generaban mucha serenidad.

En ese momento, no comprendía que los cambios en la vida eran necesarios y que la vida te deparaba una gran aventura. Aprendí que mudarse no significaba dejar atrás lo que amaba, sino abrirse a nuevas experiencias. Desde entonces, cada vez que miraba el cielo al atardecer, sonreía, sabiendo que tenía dos lugares especiales en su corazón: Caracas y Barquisimeto.

Nací y me crié en una familia cristiana, católica, pero a la vez me sorprendía la libertad que fluía en mi hogar. Había trazas de modernidad por toda la casa. Mi padre coleccionaba óleos, acuarelas, pero de vez en cuando aparecía colgada en un pasillo una serigrafía muy top. Mi madre igual alternaba sus diseños hechos a medida por Aurelio, el modisto italiano más conocido en la sociedad, pero fue una de las primeras en llevar pantalón y camisas holgadas anudadas por una corbata, sustituyendo a un cinturón.

Y mi abuela Gertrudis... ¡ay, mi abuela Gertrudis! Se vestía y maquillaba como quería. Era del siglo XX, pero llevaba dentro el siglo XXI. Hoy en día podría estar perfectamente adaptada a la sociedad. Cada vez que podía, se acercaba a mí, me cogía de los cachetes, me daba un beso en la frente y me decía:

—Sé feliz, que nunca se te olvide.

Creo sinceramente que ella ya intuía mi especial forma de ser.

Alberto, mi padre, vasco, muy serio, moralista y con amistades políticas, en casa era común verlo jugar dominó con sus amigos de Acción Democrática o con los de Copei

(aunque de este partido político solo venían a casa Don Rafael Caldera y Luis Herrera Campins, este último tenía un olor particular, recuerdo acercarme una vez a su silla y sentir el olor de tabaco o de puro, pero muy fuerte). En casa siempre desfiló gente importante sin yo saber el motivo; a los 7 años no tienes mucha

idea de en qué trabajan tus padres. Lo cierto es que mi padre tenía un despacho con una mesa muy grande y marco de cristal, encima cartas con sellos, muchos sellos de distintos países. En alguna ocasión recibí algún regaño por parte de él por cortarles el borde blanco para hacer más bonitas las “estampitas”. También recuerdo un boli enorme con punta fina y tinta muy negra.

Mi padre, alto y muy guapo, formado en colegio de jesuitas, hablaba idiomas y con una cultura labrada con estudios de historia y política, sabía todo y de todo. En cambio, mi madre tenía esa mezcla de mujer muy bella con dulzura y paciencia. Recuerdo verla llegar en la noche con su uniforme blanco de enfermera, sus medias blancas y esos zapatos inaguantables, y ver cómo se quitaba una especie de cofia de su cabello anudado con un moñito y soltaba su larga melena rubia que le llegaba a la espalda. Agustina era envidiablemente bella. Mis tías vascas decían cada 31 de diciembre la típica frase: “Ay, la Agustina, si hubiese dejado la enfermería para ir al Miss Venezuela”, lo que generaba por parte de mi padre y los varones de la mesa los típicos comentarios sobre el mundo de la tele y las mises. Nunca mi padre se hubiese imaginado que años después me vería sorprendido dando las noticias y el tiempo en un canal de televisión, y mucho menos ser modelo de anuncios comerciales por todo el mundo.

El tiempo pasa rápidamente y no por ser joven o viejo, tampoco tiene que ver si eres feliz o desgraciado. El tiempo pasa para todos igual. Una noche me acosté con 6 años, con los grillos y pájaros que sentía con mi ventana abierta, y una mañana me levanté con 14 años, con vello en las axilas y una voz más grave. De repente, como si se tratase de un cuento de Andersen, dejé entre sábanas a aquel niño de mejillas redondas y cuerpo regordete, conocido en su familia por su simpatía, flequillo y carisma natural, para convertirme en un legado adolescente un delgado donde mis piernas crecieron kilométricamente. Mi cabello ya no era tan azabache, sino castaño y con reflejos de tanta piscina y mar. Mi rostro adquirió una armonía que a mí no me gustaba, pero veía que

a los demás sí. Debo admitir que mi sonrisa, antes tierna, ahora poseía un magnetismo natural que no pasaba desapercibido. Los ojos de mi madre y de la Gertrudis brillaban con una intensidad cada vez que me veían salir de casa para ir al instituto. Se sentían orgullosas del niño que había crecido y del Liceo Río Claro del Opus Dei.

Claro está, mi padre trató de canalizar mis inquietudes primero en un colegio de jesuitas y luego reforzó con un instituto solo de género masculino en el Opus.

El Río Claro, el instituto con las 3 C: caro, clásico y contradictorio. No quiero contarles nada de él, y no por nada que esconder. No hubo bullying, no hubo desilusión, no hubo conflictos, tampoco el primer beso. En cambio, existen recuerdos maravillosos de los compañeros que formaron parte de aquellos 5 años en aquella estructura hermosa en medio de una hacienda rodeada de caña de azúcar, lagunas y árboles de guayaba y de mango. Pero no quiero contar nada de este lugar donde confesarte los viernes en la mañana con un divorciado que se hizo sacerdote para encontrar su paz en la religión era prioritario en el colegio, y que en secreto de confesión obligada se acercaba a mi lado y tocaba mi rodilla para decirme si tenía algo que contarle. Por supuesto, nunca tuve nada que contarle.